

barquichuelo hasta Kompong-baie, donde debía encontrar los carromatos.

Al llegar á aquel punto no vimos ninguno. Fuimos á casa del primer mandarin, el cual mientras mascaba el betel nos enseñaba sus dientes negros y una sonrisa estúpida. Ví que era el juguete de aquellas gentes siempre falsas, que no ceden sino á la fuerza, y que aborrecen antes que todo el nombre de europeo. Despues de varias reclamaciones dirigidas á mandarines de todas las categorías, me trajeron en fin tres carromatos. Los cochecitos tirados por perros que se ven en Holanda hubieran sido preferibles á aquellos pésimos vehículos. Deseché pues los tres carromatos del rey de Cambodge, y alquilé otros con mi dinero.

Udong, la actual capital del Cambodge, está situada al Nordeste de Kampot, á 2 leguas y media del afluente del Mekong, que procede del gran lago, y á unas 35 millas del mar, distancia tomada á vuelo de pájaro.

Se cuentan hasta allí ocho paradas y ocho días de marcha, viajando en bueyes ó búfalos; los elefantes alcanzan fácilmente dos paradas al día, lo que reduce á la mitad el tiempo del viaje; pero no hay mas que el rey, los mandarines y los particulares ricos que puedan poseer y nutrir semejantes animales. Los carromatos que alquilamos podían apenas contener nuestros equipajes, y así es que yo y mis criados tuvimos que resignarnos á hacer el viaje á pie.

Despues de haber atravesado una llanura pantanosa, en la cual matamos algunas aves acuáticas comunes, entramos en un hermoso bosque que sin el menor claro ni solución alguna de continuidad se prolongaba hasta las puertas de Udong. Para atravesar la parte cenagosa, tuve que ponerme mis botas de caza, cuyo cuero se había endurecido, pues hacia mucho tiempo que no las había usado. Despues de dos horas de marcha bajo un sol de fuego, tenía los pies desollados en varios puntos. Me ví obligado á quitarme las botas y á continuar el camino descalzo. Afortunadamente era en todas partes liso y llano á causa de la sequía y de las frecuentes comunicaciones entre Kampot y la capital. El calor era excesivo, y nuestros carromatos andaban con una lentitud capaz de desesperar al mas flemático. Llegamos al fin á la primera estacion, donde se me hizo entrar en una vasta sala de bambúes cubierta de bálago, que había sido construida recientemente para alojar al rey y su comitiva. Por la noche tuve centinelas á mi puerta, enviados por las autoridades, con objeto de librarme de todos los riesgos y despojos, y gracias á la carta del rey que presenté, fui respetuosamente tratado. A la mañana siguiente, pude lograr un elefante para que me condujera á la próxima estacion, lo que me costó un franco de nuestra moneda.

Al siguiente día tuve que continuar mi camino con

los pies desnudos. Lo que padecemos con el calor escede á todo lo que me había imaginado hasta entonces del efecto del sol en la zona tórrida. El sol estaba entonces en su zenit, y sus rayos abrasadores, refractados por el terreno arenoso, empezaban á hacerse intolerables á las diez de la mañana hasta tal punto, que los indígenas, que tienen la planta de los pies tan dura, no podían soportar el contacto del suelo, y buscaban las mazorcas de yerba para poner el pie; los bueyes no marchaban sino pateando continuamente, y manifestaban todas las señales del dolor y de la estenuación. A pesar del aguijón y el junquillo, se paraban con frecuencia sin querer andar. El agua de las ciénagas estaba, no tibia, sino caliente; la atmósfera parecía abrasada, todos los seres sin fuerza, y la naturaleza lánguida y como agoviada. A medio día hicimos alto para volver á ponernos en camino á las tres. En todo el trayecto recorrido no había una sola gota de agua potable, ni aun para nuestro ganado, que sufría mas sed aun que nosotros mismos, y para cocer nuestro arroz y hacer nuestro té, tuvimos que echar mano de la de las ciénagas y impregnada de nuez vómica caída de los árboles circunstantes. Al siguiente día encontré de nuevo quien me alquilase un elefante, pero fue el último, y los cuatro días siguientes hice la mayor parte del camino á pie, y el resto en la esquina de uno de los carromatos. Por lo demás, la falta de agua y los torbellinos de fino polvo que se levantaban del camino son los únicos inconvenientes que tienen que sufrir los viajeros. En la estacion seca, el terreno, arenoso en su mayor parte, está duro y bien apisonado en medio del camino por el frecuente paso de carretas y elefantes; el resto de la calzada, de 25 á 30 metros de anchura, está revestido de césped y de altas yerbas. Despues á poca distancia está el bosque con sus árboles de aceite de trecho en trecho, con sus troncos elevados, derechos y magestuosos, y cubiertos en su cima solamente de un penacho de largas hojas de un verde oscuro. Aquello es como una magnífica calle de árboles que parece obra del arte.

Las estaciones están situadas todas á una distancia igual á poca diferencia, á unas 12 millas la una de la otra. En todas, sin contar los antiguos grandes paradores que sirven para alojar á los viajeros y los trabajadores, que son relevados cada cinco días, encontré otras casas nuevas mucho mas espaciosas y bellas, para cuando el rey viaja; además, entre las estaciones se encuentran con frecuencia otras salas en donde se puede reposar en medio del día, ventaja y comodidad que no son despreciables.

Al salir de Kampot, percibí á mi derecha, á la distancia de 25 millas, una cordillera de montañas poco elevadas, últimos contrafuertes del grupo que separa la cuenca del gran lago Tuli-Sap del golfo de Siam;

pero en todo el trayecto de mi viaje desde Kampot á Udong no hallé mas que un terreno arenoso, exceptuando un solo punto en que era pedregoso, con mineral de hierro. En todo este trayecto no se ve mas que una sola pequeña aldea y algunos vestigios de cultivo; en lo restante no se percibe sendero ni huella que pueda hacer suponer que el interior del bosque está habitado. Solo alrededor de la capital empezaron á manifestarse los arrozales y algunas casillas cercadas de huertos frutales, casas de campo de la aristocracia cambodgiana que todas las tardes pasa allí para respirar el aire mas puro que el de la ciudad y que el de la corte.

Al llegar á las puertas de Udong me hallé delante de un ancho foso, coronado de un parapeto, y rodeado de una empalizada de 3 metros de altura. Creía entrar en una plaza fuerte, y como sabía que mis compatriotas estaban á la sazón ocupados en dar una lección á los cochinchinos, me temí que algun soldado me recibiese calada la bayoneta diciéndome *¡atrás!* pero no presentándose soldado alguno, dí con mi escopeta un culatazo á la puerta y entré. Me hallaba en el recinto del palacio del segundo rey, palacio precedido de una especie de jaula que era un término medio entre una garita y un palomar, teniendo en cada una de sus cuatro caras una aspillera desde la cual en caso de invasión se puede observar si el enemigo se acerca, y dar la señal de fuga antes de su llegada. Llegué al centro de una gran plaza, á cuyo rededor llegaban las trincheras, cerradas por dos puertas, de las cuales la una comunicaba con el mercado y la segunda miraba al campo. En el interior de aquel recinto, se hallaba á un lado el palacio del segundo rey, en el otro el de un príncipe mas joven, hermano suyo, y una pagoda con su convento, todo cubierto de bálago.

Allí esperaba hallar, como en Kampot, una «hostería del rey y de los embajadores,» pero no viendo ningun *rótulo*, me dirigí á un punto en que veía entrar y salir mucha gente. Era la sala de justicia, donde los jueces celebran sus sesiones. Envié á Niu, mi criado, á preguntar á los magistrados si tendrían la bondad de dar asilo á un viajero. No se hizo esperar la respuesta; jueces y litigantes me salieron á recibir y me llevaron á la sala de justicia, donde me instalé inmediatamente en presencia de toda la muchedumbre que acudió presurosa para ver al extranjero y preguntarle «lo que vendía.»

Pronto llegó al palacio del rey la noticia de mi llegada, y me enviaron dos pajes para preguntarme si iría sin demora á ver á S. M. No había aun llegado mi equipaje, y contesté que no podía en manera alguna presentarme delante del rey y en traje de camino. «Eso no importa; tampoco el rey está vestido de corte, y se alegrará mucho de veros.» Apenas habían

llegado mis carromatos, cuando un chambelan, seguido de un paje, me dijo que el rey me estaba aguardando. Fui pues á palacio. El patio que le precede estaba defendido por una docena de cañones desprovistos de cureñas y echados sin orden, de cuya boca se aprovechaban los gorriones para hacer sus nidos. Mas adelante una nube de buitres devoraban los restos de la comida del rey y de los palaciegos. Fui conducido á la sala de audiencia que comunica con los aposentos particulares del rey; el pavimento está cubierto de baldosas chinas muy anchas, y las paredes blanqueadas con cal. Una multitud de pajes, todos siameses, hermosos jóvenes de veinte y cinco á treinta años, vestidos uniformemente con un languti de seda colorado, estaban agrupados y sentados á la oriental aguardando á S. M. Algunos minutos despues de mi llegada, el rey apareció. Todas las frentes se bajaron hasta tocar el suelo. Me levanté, y S. M. se dirigió á mí muy cortésmente, siendo su continente muy desembarazado, distinguido y digno.

—Señor, le dije, tuve la honra de ver á S. M. el primer rey en Kampot, y obtuve de él un salvo-conducto para pasar á Udong.

—¿Sois inglés ó francés? me preguntó el rey examinándome atentamente.

—Soy francés, señor.

—Vos no sois comerciante. ¿Qué quereis, pues, hacer en Cambodge?

—He venido para visitar vuestro pais y cazar.

—Está bien. Habeis estado en Siam; yo tambien he estado en Bangkok. ¿Volvereis á verme?

—Cuantas veces mi presencia pueda ser agradable á V. M.

Despues de algunos instantes de conversacion, el rey me tendió la mano, le saludé y salí. Apenas me había marchado, algunos de sus oficiales vinieron á mí diciéndome: «El rey está prendado de vos, y desea veros con frecuencia.»

Al día siguiente recorrí la ciudad, cuyas casas son de bambú y algunas de tablas. El mercado, cuyos vendedores son todos chinos, es por su falta de aseó igual á todos los demás de que he hecho mencion. La calle mas larga, y aun pudiera decir la única calle, tiene cerca de 1 milla de longitud. En los alrededores habitan los labradores y trabajadores, é igualmente los mandarines y otros empleados del gobierno. La poblacion se compone de unas 12,000 almas.

Los muchos cambodgianos del distrito y de las provincias, y sobre todo de las cabezas de partido que van allí para asuntos de comercio ú otros, contribuyen á dar animacion á la capital. A cada paso encontraba mandarines en silla de mano ó en hamaca, seguidos de una multitud de esclavos que todos llevaban algo: los unos el quitasol de color de escarlata ó amarillo, de una dimension mayor ó menor segun la categoría

del personaje; los otros la caja de arack, de betel, etc. Hallé también con frecuencia ginetes montados en caballitos muy hermosos, vivos y ligeros, ricamente enjaezados, cubiertos de cascabeles, y que avanzaban admirablemente á paso de andadura, en tanto que una multitud de esclavos, cubiertos de sudor y de polvo, se esforzaban en seguirlos como una jauría de podencos. Pasaban en distintas direcciones ligeros calesines tirados por dos bueyes pequeños que

trotaban rápida y estrepitosamente. Algunos elefantes, aunque pocos, avanzando magestuosamente con las orejas y la trompa en continuo movimiento, se detenían delante de numerosas procesiones que se trasladaban á las pagodas al son de una música ruidosa, y mas lejos andaban en fila los talapinos, mendigando su pitanza, con su capa amarilla y la santa marmita al hombro.

Al tercer día de mi llegada á Udong, la sesión del



Carro cambodiano.

tribunal de justicia se abrió tumultuosamente á las ocho de la mañana, y los gritos de los jueces y de los abogados resonaban aun á las cinco de la tarde sin haber cesado un instante, cuando de repente salieron del átrio del palacio dos pajes gritando: «El rey.» Un rayo que hubiese caído en la sala no hubiera producido un efecto igual; hubo al instante un general sálvese quien pueda. Jueces, acusados y curiosos se mezclaron en su fuga, ocultándose en todos los rincones con el rostro en el suelo y como petrificados. Me estaba aun riendo con el recuerdo de aquellos jueces y de aquellos abogados, de aquellos chinos con largas colas huyendo, empujándose, derribándose los

unos á los otros á la aproximación de su amo, cuando el rey apareció, á pie, en el umbral de la puerta y seguido de sus pajes. S. M. me hizo una señal con la mano para saludarme; despues me llamó á su lado. En seguida dos pajes trajeron sillas que colocaron sobre el césped en frente una de otra. S. M. me ofreció una, y la conversacion empezó en aquel salon improvisado, en tanto que toda la escolta y todos los transeuntes permanecían prosternados. Tan lejos como podia alcanzar la vista no se veía un hombre de pie.

—¿Cómo encontráis mi ciudad? me dijo el rey, empleando esta palabra para designar su plano con sus dependencias y fortificaciones.

—Señor, es magnífica, y ofrece un aspecto que no habia visto nunca en ninguna parte.

—Todos estos palacios y pagodas que veis desde aquí en este patio han sido construidos en un año, despues de mi regreso de Siam; en otro año se acabará todo, y no habrá entonces mas que ladrillos. En otro tiempo, el Cambodge se estendia muy lejos,

pero los anamitas nos han arrebatado muchas provincias.

—Señor, puede haberos llegado el momento de recobrarlas. Los franceses los atacan por un lado, atacadlos por el otro.

S. M. no respondió, pero me presentó un cigarro y me preguntó mi edad.



Volatin siamés y cambodiano.—De fotografía.

Habia hecho traerme una bonita carabina minié que los oficiales del rey habian estado examinando por la mañana; se la presenté rogándole la aceptara si le agradaba. Me dijo que la cargara. Levanté la báscula y puse un cartucho en el cañon.

—Ya está, señor.

—¿Cómo? eso no es posible; tirad, pues.

Y me señaló él mismo para blanco un poste bastante distante, y me indicó el sitio donde debía de dar; tiré, y al instante S. M. y sus pajes corrieron á asegurarse de que no habia errado el tiro.

—¿Cuándo pensais salir de Udong?

—Señor, mi deseo es partir pasado mañana para Pinhalú y las provincias de mas allá.

—Si pudiérais permanecer un día más, me daríais un placer; mañana comeréis conmigo, al día siguiente os conduciré á ver la ciudad del primer rey, y por la noche haré representar la comedia.

¡La comedia! dije yo para mi capote, una comedia aquí debe ser curiosa. Y me quedé para ver la comedia. Después de haber dado gracias al rey por los favores y bondades que me prodigaba, nos separamos con un apretón de manos. Evidentemente estaba en gran favor. Al día siguiente vinieron de parte del rey algunos pajes ofreciéndome caballos para pasearme; pero hacía un calor insostenible. A cosa de las cuatro el rey me envió un caballo para que fuese á palacio. Me hallaba vestido con una levita, pantalón y chaleco de lienzo de una blancura deslumbradora, y un *casquete de corcho* á la manera de los antiguos romanos, cubierto de muselina blanca, completaba mi traje irregularísimo (1). Fui introducido por el chambelán en uno de los departamentos particulares del rey, que era un hermosísimo salón amueblado á la europea. S. M. me aguardaba fumando un bouri, sentado al lado de una mesa atestada de manjares. Apenas entré, él se levantó, me tendió la mano sonriendo, y me suplicó inmediatamente que tomase asiento y empezase mi comida. Vi que, según costumbre del país, se proponía honrarme asistiendo á la comida como espectador y sin tomar parte en ella. Después de haberme presentado con una amenidad y gracia perfectas á su hermano menor, joven príncipe de catorce á quince años, prosternado á su lado, el rey añadió:

—He mandado asar este pollo y esta ánade á la moda de Europa, vos direis si son de vuestro gusto. Todo estaba en efecto escesivamente bien preparado, y el pescado sobre todo era excelente.

—¡Loot brandy! me dijo el rey en inglés, únicas palabras inglesas que conocía, mostrándome una botella de aguardiente. «Tomad y bebed.»

Me sirvieron gelatinas y frutos en almíbar exquisitos, plátanos del Cambodge y mangos excelentes, y después té, que el rey lo tomó conmigo ofreciéndome un cigarro de Manila. Por último, puso encima de la mesa una caja de música y la dió cuerda.

La primera tocata me causó un placer tanto mayor, cuanto que no esperaba oír en el palacio de un rey... reinante. Era la *Marsellesa*. El rey tomó por admiración mi movimiento y mi sonrisa de asombro.

—¿Conoceis la tocata?

—Algo, señor.

Vino después otra no menos conocida, el canto de los *Girondinos*: *¡Mourir pour la patrie!* etc.

—¿La conocéis también? me dijo.

(1) Gorro escesivamente ligero, fresco, cómodo, y que guarda perfectamente del sol el cuello y la cara. Se lo recomiendo mucho á los viajeros.

Yo acompañé la tocata con la letra.

—¿Y á vuestra majestad que le parece?

—Me gusta algo más la otra. ¿Hacen tocar las dos con frecuencia los soberanos de Europa?

—Señor, como cosas solemnes, las reservan exclusivamente para las grandes circunstancias.

Mi anamita estaba á mi lado, y desempeñaba las funciones de intérprete con un tacto esquisito que complació al rey. El joven príncipe pidió permiso para retirarse. Saludó á su hermano prosternándose profundamente, y levantando sus manos juntas encima de la cabeza. El rey le recomendó que volviese al día siguiente por la mañana para acompañarnos al palacio del primer rey. El príncipe pasó entonces al patio, donde un paje cargó con él acuestas y se lo llevó á su palacio. El rey me hizo entonces admirar sus muebles de Europa: mesas de caoba con jarros de porcelana, flores bajo fanales y otros adornos de un gusto vulgar. Me hizo notar especialmente dos antiguos espejos con marcos dorados, un diván y cosas parecidas.

—Ahora empiezo, dijo; dentro de algunos años mi palacio tendrá que ver.

Me condujo en seguida á un jardín, donde se levantaba, entre plantas raras y curiosas, una montaña artificial en miniatura. Al volver al salón me hizo pasar por delante de todas sus mujeres, que no bajaban de ciento, atraídas por la curiosidad fuera del serrallo.

—Sois, me dijo, el primer extranjero que ha entrado aquí. En Cambodge, lo mismo que en Siam, exceptuando la servidumbre, nadie puede penetrar en los departamentos particulares del rey.

Le dí las gracias por la honra que se dignaba dispensarme, y despidiéndome de él, le supliqué me diese una carta para los jefes de las provincias de su reino y uno ó dos elefantes para proseguir mi viaje. Aquel joven soberano, que se titula segundo rey, es el heredero presunto de la corona. Su padre no debe su trono sino al rey de Siam, que lo tuvo mucho tiempo cautivo en sus Estados, y que, como prenda de su fidelidad, ha conservado siempre en su poder uno ó dos de sus hijos, por cuya razón el joven rey había pasado muchos años en Bangkok. Sin duda se le enseñó el arte de reinar, y no se le dejó volver á su reino sino después de haberse asegurado de que sería un tributario sumiso y obediente.

Su joven hermano me hizo también una visita, pero durante la noche, á fin de que su hermano y su padre lo ignorasen, pues deseaba tener algún regalo. Mas niño de lo que correspondía á su edad, se le antojaba cuanto veía. Por lo demás, era apacible, amable, apuesto, y tenía maneras distinguidas.

Al día siguiente, á las diez de la mañana, el rey quiso verme. Le hallé en la sala de recepción, sentado

en un diván y dando orden á sus pajes para arreglar el orden de marcha que quería observarse á la ida y á la vuelta. El rey se montó en una bonita silla de manos, magníficamente pintada y esculpida, con preciosos pomos de marfil. Se sentó en ella perezosamente, con una pierna encima de la otra, y el codo apoyado en las almohadas de tafete. Llevaba la cabeza y los pies desnudos, los cabellos cortados á la moda siamesa, y un soberbio langiti con un ancho cíngulo del mismo género, aunque de un color más claro. La comitiva se puso en marcha: cuatro pajes llevaban la palanqueta en hombros; otro sostenía un inmenso parasol rojo, cuyo mango dorado tenía cerca de 4 metros de longitud; el príncipe menor, llevando el sable del rey, marchaba al lado de éste y sobre la misma línea. Yo estaba en el otro lado. S. M. se volvía hácia mí con frecuencia para hacerme notar los objetos más curiosos al atravesar la calle, y también para leer en mi semblante la impresión que me causaba el efecto que su presencia producía en el pueblo. Al acercarse la comitiva, toda la población agolpada para verle se prosternaba. Marchaban á la cabeza tres lictores, uno delante, y los otros dos á algunos pasos de distancia, llevando dos manojos ó haces de junquillos, símbolos del poder; detrás de la litera seguían de dos en dos los chambelanes y los pajes, en número de más de treinta, todos con langiti rojo, una pica al hombro, y sables y fusiles. Así llegamos á la puerta del recinto del palacio del primer rey.

Su magestad se apeó, y conservando el mismo orden de marcha, seguimos una encantadora avenida ó calle de árboles que tenía de ancho una media milla y que estaba cercada por una pared de tablas.

Desde la avenida el terreno va declinando, cubierto de yerba y de flores, y con casitas á los lados, cuyas paredes son de arcilla y cuyos techos son de bálago.

—Todas esas casas están habitadas por las mujeres de mi padre, me dijo el joven rey; no hay en ellas un solo hombre.

Más adelante se estiende un ancho estanque rodeado de verdura que respira frescura y alegría. En una de las playas de aquel pequeño lago, encerrados como en un marco en el follaje de sus orillas y reflejados en su cascada, se estienden los edificios reales, los unos blanqueados con cal, los otros formados de simples bambúes.

Atravesamos algunos aposentos ó talleres en que algunas pobres mujeres annamitas hilaban y tejían seda, pasamos después por delante del tesoro y los almacenes del rey, y llegamos á una vasta sala construida en el entresuelo que constituye lo que se llama especialmente el palacio. El interior no corresponde seguramente al exterior. Aquella sala está atestada,

como si fuese una tienda, de botes, de jarrones de flores artificiales cubiertas con fanales, de almohadillas de todos los colores y dimensiones; encima de las mesas, en las rinconeras, en el mismo suelo, se hallan amontonados cuadros chinos, cajas, pantuños y una multitud de objetos é instrumentos de Europa, antiguos divanes, espejos, lavabos, etc., etc. Después de haberme hecho recorrer de nuevo los jardines, el joven rey, que debía pasar el día en casa de su padre, me hizo acompañar por uno de sus chambelanes.

Poco después de puesto el sol, el pueblo acudió en tropel al espectáculo que debía empezar á las siete, al regresar el rey. La multitud era tan compacta, que no solo no había en el patio una sola pulgada de terreno desocupada, sino que hasta las mismas paredes estaban cubiertas de gente. Sin duda en semejantes diversiones está permitido prescindir de la costumbre general y el pueblo no se ve obligado á prosternarse, pues todos los concurrentes, lo mismo en el interior que en el exterior del palacio, permanecían sentados orientalmente. El espectáculo consistía pura y simplemente en una mamarrachada fantástica bastante bien representada y acompañada de una música que daba más ruido que armonía, pero que no obstante parecía satisfacer completamente la curiosidad pública. En resumen, la representación y los actores eran muy inferiores á lo del mismo género que había visto en Bangkok.

XIII.

Salida de Udong.—Viaje en elefantes.—Pinhalú.—Buena conducta de los misioneros.—El gran lago de Cambodge.—El río de Mekong.

El 2 de julio, por la mañana, después de haber, como de costumbre, comido el arroz, estábamos prontos á ponernos en camino, no aguardando más que los elefantes y carromatos que el rey me había prometido. No tardaron en llegar unos y otros, y atravesamos la ciudad en medio de una multitud inmensa que acudía de todos los puntos de la ciudad para vernos. Montados en nuestros elefantes, seguidos de nuestro equipaje y de algunos pajes del rey que nos acompañaron hasta el término de Pinhalú, veíamos que á nuestro paso se prosternaba toda la población, sin duda porque el día antes me había visto con su magestad.

Así caminábamos magestuosamente legua por hora, por una bellísima calzada que en algunos puntos se levantaba más de 10 pies sobre la llanura arbolada, pero pantanosa, que se estiende hasta el gran canal que une el Toali-Sap con Meking.

Algunas veces atravesábamos hermosos puentes de madera y de piedra, que daban seguramente mejor